

Taizé: la reconciliación es posible

El absurdo asesinato del que fue víctima el hermano Roger, fundador y prior del monasterio ecuménico de Taizé, nos ha traído dolorosamente a la memoria la obra de reconciliación que está llevando a cabo esta comunidad monástica, una reconciliación orientada en primer término hacia las mismas Iglesias cristianas, sin perder en ningún momento de vista a la comunidad internacional, no menos necesitada de ella. En palabras del cardenal Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos, el H. Roger ha sido «uno de los grandes maestros espirituales de nuestro tiempo: irradiaba amor y esperanza». A su vez, el diario The Independent lo presentaba recientemente como «el mayor abogado de la reconciliación entre las Iglesias». Había recibido, entre otros, el Premio UNESCO de la Educación para la Paz (1988) y el Premio «Robert Schuman» (1992) por su contribución a la construcción de Europa.

Oración y acogida, camino hacia la unión

El pasado 16 de agosto, mientras el H. Roger presidía una celebración litúrgica en la que participaban unos 2.500 fieles, una persona de

mediana edad, que ya había dado signos de tener sus facultades mentales alteradas, lo acuchilló tres veces en el cuello. El joven que redujo a la agresora creyó leer en los ojos de la víctima una sola súplica: «perdonadla».

El H. Roger, hijo de pastor protestante, había seguido los pasos de su padre y había ejercido este ministerio en su Suiza natal. En el verano de 1940, en plena guerra mundial, cuando sólo contaba veinticinco años, se instala en Taizé, una pequeña localidad de la Borgoña francesa, en la línea divisoria entre los territorios confiados al régimen colaboracionista de Vichy y la Francia ocupada (una anciana le había suplicado: «estamos tan solos, ¡quédese con nosotros!»), y allí se quedó). Su proyecto es tan sencillo como utópico: orar por la paz del mundo y la unidad de los cristianos. El carismático fundador de Taizé nunca ocultó que la inspiración de este proyecto la había recibido de su abuela, una sencilla mujer protestante, que, en los peores días de la Primera Guerra Mundial, iba cada tarde a rezar en un templo católico, como expresión de su deseo de unidad para aquella Europa dividida por la guerra. En la aldea borgoñona, el nieto, uniendo la misericordia activa a la oración, ofrece refugio y ayuda a judíos, refugiados políticos y desertores del ejército alemán que huían de las policías alemana y francesa, arriesgando para ello su propia vida. Como recordaría el cardenal Kasper en la homilía de su funeral, las dos fracturas que hacían sufrir al H. Roger eran, la primera, «*las divisiones entre cristianos*» y la segunda «*la división entre pueblos y naciones, entre países ricos y pobres; toda forma de injusticia o de abandono le entristecía profundamente*».

Y a aquel pequeño pueblo empiezan a llegar cristianos protestantes y católicos que comparten el mismo deseo de contribuir a la reconciliación y a la unión desde una vida sencilla de oración y acogida. Estos últimos años, los miembros de la comunidad de Taizé eran unos cien, pertenecientes a 25 nacionalidades diferentes. Los hermanos se comprometen para toda la vida a compartir los bienes espirituales y materiales, al celibato y a una gran simplicidad de vida. Una tercera parte de los monjes de Taizé vive en pequeñas fraternidades entre los más pobres de este mundo. Conforme a la tradición benedictina, el

trabajo acompaña a la oración en la vida de los miembros de la comunidad. La acogida de los peregrinos, su sustento y la preparación de los encuentros semanales de oración y reflexión, a los que acuden principalmente jóvenes, es su principal trabajo. Las celebraciones de la Pascua en Taizé, en las que participaron muchos jóvenes españoles, dejaron una profunda huella en las «Pascuas juveniles» que se celebraron en España a partir de los años 70. Además, desde 1978, el H. Roger organizó grandes concentraciones de jóvenes entre el 28 de diciembre y el 1 de enero de cada año en las principales ciudades europeas (la última tuvo lugar en Milán). Puntos candentes del planeta como la empobrecida Calcuta, el Chile de Pinochet, el África del Sur en tiempos del *apartheid* o el Haití de los Duvalier, vieron también multitudinarias asambleas convocadas por el H. Roger.

Para no pocos jóvenes en revuelta de los años 60, para la generación desencantada de sus hijos y para muchos cristianos del siglo XXI avergonzados de sus divisiones, la frágil silueta del monje protestante de Taizé ha encarnado durante décadas la esperanza en un mundo reconciliado. Sólidamente enraizado en el Evangelio y respetuoso de las tradiciones, pero sin sacrificar a ellas la vocación cristiana a la libertad, muchos han visto en él al testigo de un cristianismo más oxigenado. Testigo sí, pero no guru ni siquiera maestro. Esta postura humilde le ha permitido avanzar por el camino del ecumenismo sin provocar rechazos. Al contrario, suscitando adhesiones, incluidas las de las más altas jerarquías católicas. «Una pequeña primavera» llamó Juan XXIII a lo que sucedía en Taizé; y Juan Pablo II, «una fuente ante la que el viajero se detiene, calma su sed y continúa su ruta».

Reconciliarse sin renegar

Siendo aún obispo de Cracovia, Karol Wojtyła peregrinó en dos ocasiones a Taizé: en 1964 y en 1968. En 1986 lo haría de nuevo en el trascurso de una visita papal a Francia. Anteriormente, el H. Roger había mantenido una excelente relación con Juan XXIII y Pablo VI. Benedicto XVI recibió una carta del H. Roger el mismo día de la

muerte de éste, en la que justificaba su ausencia de la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia por motivos de salud, y añadía: «*Quisiera encontrarme con usted para decirle cuánto desea nuestra comunidad de Taizé caminar en comunión con el Santo Padre*». Por su parte, Benedicto XVI presentó en Colonia el modelo de ecumenismo de Taizé y llamó al H. Roger «*gran pionero de la unidad*». Y añadió: «*Creo que deberíamos escucharle (...) y dejarnos llevar por su testimonio hacia un ecumenismo interiorizado y espiritualizado*». Obispos católicos (entre ellos José Villaplana de Santander y Joan Enric Vives de Urgell) lo acompañaron igualmente en sus funerales, junto con más de 10.000 personas y las televisiones alemana, francesa, italiana, neerlandesa y rumana

El H. Roger ha muerto protestante. Más exactamente, cristiano antes que protestante, sin dejar de ser protestante y fiel a lo mejor de esta tradición, al mismo tiempo que en comunión, primero, con los miembros católicos de su comunidad de Taizé (entre ellos el teólogo Max Thurian que se había convertido al catolicismo) y con la jerarquía católica. «*Él quería vivir la fe de la Iglesia indivisa, sin romper con ninguno, en una gran fraternidad*», recordó el cardenal Kasper. El H. Roger confesó que había reconciliado la fe de sus orígenes con la fe de la Iglesia católica sin romper con nadie. Desde su sincera experiencia cristiana ha marcado un camino que puede hacer progresar decididamente al movimiento ecuménico, ayudándole a superar ciertos escollos canónicos e incluso teológicos considerados durante algún tiempo como insuperables.

El tema de la justificación por la fe dejó de constituir un obstáculo para la unión de las Iglesias católicas y protestantes, cuando, hace menos de una década, reconocieron todas ellas que profesan la misma fe en un punto tan trascendental. El *Filioque* (la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo) que actualmente «separa» a católicos y ortodoxos ¿no podría también dejar de ser una piedra de escándalo? Tal vez más que las palabras y los enunciados teológicos, lo que nos ha alejado a los cristianos, unos de otros, han sido las ambiciones nada conformes con el espíritu evangélico, la corrupción moral, las injusticias y los atropellos

(piénsese en la conquista y saqueo de Constantinopla por los cruzados). Sin descuidar la ortodoxia, Taizé nos ha recordado la enorme importancia de la ortopraxis en el camino de la unión entre cristianos y miembros de la misma humanidad. Los argumentos teológicos no deben hacernos olvidar la importancia de la bondad del corazón y el perdón. El ejemplo del H. Roger nos ha recordado que el camino del «*ecumenismo interiorizado y espiritualizado*» a la luz del Evangelio es el que más rápida y seguramente hará progresar a las Iglesias cristianas en el camino hacia la unidad. Como ha dicho su sucesor, el H. Alois, el nuevo prior (católico) de Taizé, «*el H. Roger comprendió que se podía anticipar la unidad y lo hizo con valentía; quedarán muchas cuestiones teológicas, pero ya podemos anticipar una reconciliación*».

En los funerales del papa Juan Pablo II, el todavía cardenal Ratzinger dio públicamente la comunión al H. Roger en la plaza de San Pedro. El mismo Juan Pablo II le había dado repetidas veces la comunión. De hecho, comulgaba sacramentalmente en la Eucaristía católica desde 1969, fecha en la que la comunidad de Taizé y él mismo reconocieron el ministerio confiado al obispo de Roma. En este contexto de profunda y sincera comunión, carecía de sentido hablar —como se hizo en más de una ocasión— de una posible o necesaria «conversión» del H. Roger, puesto que llevaba toda su vida convirtiéndose, es decir, volviéndose hacia sus hermanos cristianos de todas las confesiones e incluso buscando la unión con los hermanos que se encontraban más allá de la fe cristiana. Él mismo lo confesó a Juan Pablo II con estas palabras: «*Encontré mi propia identidad de cristiano reconciliando, en lo profundo de mi ser, la corriente de fe de mis orígenes protestantes con la fe de la Iglesia católica*».

Taizé sigue adelante

Taizé tiene ahora un prior católico, el H. Alois, nacido en Baviera en 1954 y de nacionalidad francesa, aunque sus padres nacieron y crecieron en lo que entonces era Checoslovaquia. Durante los años en que el imperio soviético llegaba hasta el corazón de Europa viajó

mucho a la Europa central y oriental para mantener la comunión con los cristianos de aquellos países. Conforme a la regla de Taizé, el nuevo prior fue designado hace ocho años por el H. Roger, con el acuerdo de la comunidad.

En entrevista concedida al diario francés *La Croix*, inmediatamente después de la muerte de su predecesor, el H. Aloïs destacó que ahora comienza una etapa de continuidad: *«Para Taizé, ha terminado el tiempo de la fundación. Se abre un tiempo nuevo: el de la continuidad. La comunidad seguirá fiel a las intuiciones de los orígenes: vivir, con simplicidad y muy pocas estructuras, el compromiso perpetuo, la oración en común, las fraternidades en diversos continentes, la acogida»*.

Por lo que se refiere a su misión en la Iglesia, añadió: *«nos sentimos parte integrante de la Iglesia universal. Los Hermanos que entran en la comunidad no abandonan su Iglesia de origen, dan un paso más para vivir una reconciliación. Hoy estamos viendo que en las diferentes Iglesias causa alegría el hecho de que intentemos vivir este ideal. Queremos vivir como personas reconciliadas, sin romper con nadie»*.

Este ideal es —¿hacía falta recordarlo?— plenamente válido y necesario dentro de la Iglesia. Y lo es aún más fuera de ella. Las divisiones, las guerras, las diferencias escandalosas e intolerables entre unos pocos que lo tienen todo y derrochan los recursos del planeta hasta el punto de romper los necesarios equilibrios medioambientales y una gran parte de la población que carece de casi todo, son en sí mismas una urgente llamada a la conversión, el perdón, el diálogo y la reconciliación. ¿Utopías? Quien pretenda apartarlas de un revés de la mano, debería indicar qué otro camino ofrece a esta humanidad cada vez más dividida y amenazada. Taizé llama a todos al diálogo, a la unión, para salvar lo que todavía se pueda salvar. ■